

Lena Dunham

NO SOY
ESE
TIPO
DE
CHICA



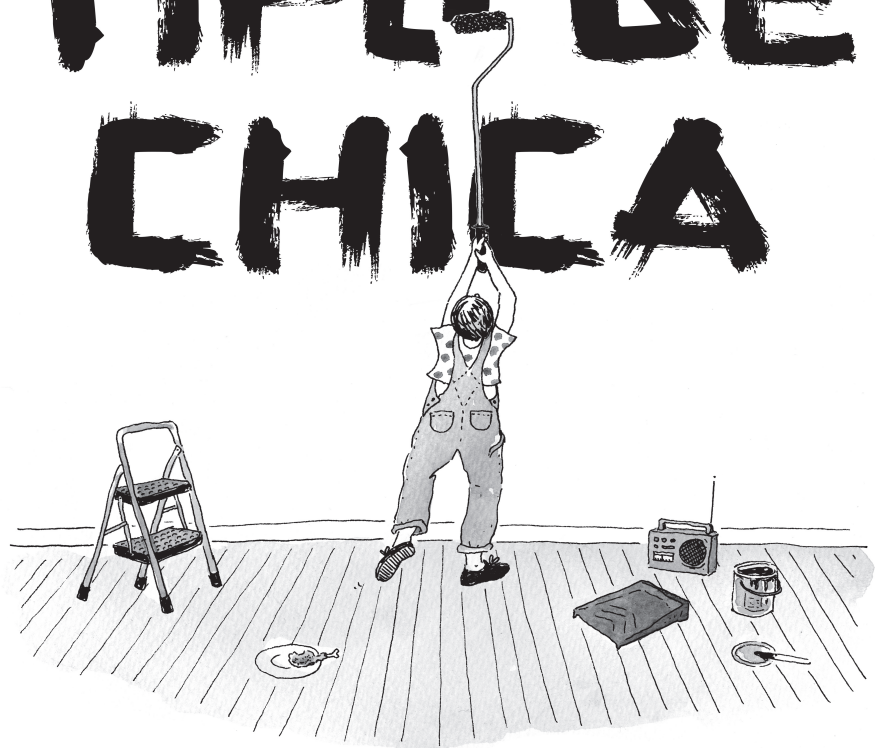
EL LIBRO DE LA
CREADORA DE LA SERIE

GIRLS


ESPASA

Lena Dunham

NO SOY
ESE
TIPO DE
CHICA





© Lena Dunham, 2014

© De la traducción, Noemí Cuevas y Vicky Charques (*Traducciones Imposibles*), 2014

© Espasa Libros, S. L. U., 2014

Título original: *Not That Kind of Girl*

Ilustraciones de interior: *Joana Avillez*

Preimpresión: Safekat. S. L.

Depósito legal: B. 20.154-2014

ISBN: 978-84-670-4286-3

No soy ese tipo de chica es una obra de no ficción. Algunos nombres y detalles reveladores han sido cambiados

Publicado en Estados Unidos por Random House, un sello editorial y división de Random House LLC, empresa de Penguin Random House, Nueva York

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Índice

Introducción	13
--------------------	----

SECCIÓN I *Amor y sexo*

Quítame la virginidad (No, en serio, quítamela)	23
Compartir cama platónicamente: una gran idea (para gente que se odia a sí misma)	30
18 cosas inverosímiles que he dicho flirteando	41
Igor: o mi novio de internet murió y el tuyo también puede ..	44
Compartiendo preocupaciones: el peor e-mail de mi vida, con notas a pie de página	53
Chicas y capullos	59
Barry	72
Enamorarse	88

SECCIÓN II *Cuerpo*

<i>Dieta</i> es una palabra de cinco letras: cómo tener siempre 5 kg de más comiendo solo comida sana	103
Escenas de sexo, escenas de desnudo y mostrar tu cuerpo en público	121
15 cosas que he aprendido de mi madre	129
Qué hay en mi bolso	132
¿Quién ha movido mi útero?	135

SECCIÓN III *Amistad*

Encaprichada de una chica: aquella vez que casi fui lesbiana, pero vomité	149
La mejor parte	163
13 cosas que he aprendido que no se deben decir a las ami- gas	167
Grace	169
10 razones por las que adoro Nueva York	179

SECCIÓN IV *Trabajo*

¿Se supone que esto es divertido?: cómo sacarle el máximo partido a tu educación	185
Guantecitos de piel: el placer de perder el tiempo	200
17 cosas que he aprendido de mi padre	215
Correos electrónicos que enviaría si estuviese más loca, más cabreada o si tuviese más agallas	217
No follé con ellos, pero me gritaron	221

SECCIÓN V *Panorama general*

La terapia y yo	229
No puede ser verdad: reflexiones sobre la muerte y el hecho de morir	247
Mis 10 preocupaciones principales con respecto a la salud	260
<i>Hello Mother, Hello Father</i> : saludos desde el campamento fe- menino Fernwood Cove	264
Algo que lamento	280
Guía para fugarse	282
Agradecimientos	291
Sobre la autora	295

SECCIÓN I

Amor y sexo





Quítame la virginidad

(No, en serio, quítamela)

Cuando tenía nueve años, escribí un voto de celibato en un trozo de papel y me lo comí. Me prometí a mí misma, en rotulador naranja, que permanecería virgen hasta graduarme del instituto. Esto parecía importante porque sabía que mi madre había esperado hasta el verano de antes de la universidad y también porque Angela Chase parecía bastante consternada por su experiencia en la pensión de mala muerte a la que todos los chicos de bachillerato iban a copular. Si mi relación con el paté fuera indicativa (y últimamente he comido tanto que acabé vomitando), mi fuerza de voluntad dejaba mucho que desear. Necesitaría algo más fuerte que mi resolución para evitar tener relaciones demasiado pronto, así que escribí el voto y le pedí a mi madre que firmara el documento. Se negó. «No sabes lo que te va a traer la vida y no quiero que te sientas culpable», me dijo.

Al final, el contrato fue una precaución innecesaria. La oportunidad nunca se presentó en el instituto, ni siquiera durante el primer año de facultad en la New School, a menos que cuente cuando casi lo consigo con un bajo y fornido aspirante a piloto llamado James. Aunque no consumamos, aquel encuentro fue lo bastante lejos como para que al día siguiente tuviera que pescar un condón verde menta sin usar de detrás de la litera de la residencia. Todo había ido por muy buen camino y ya no llevaba camiseta ni pantalones, pero cuando revelé mi estatus de virgen, le entró el miedo (puede que con razón) de que pudiera crear un vínculo indestructible con él y huyó. En segundo, me cambié a una pequeña escuela de bellas artes en Ohio que era conocida por haber sido la primera universidad en admitir mujeres y afroamericanos, además de por su alumnado poliamoroso y bicurioso. Yo no era ni lo uno ni lo otro, pero me parecía un entorno bueno y comprensivo en el que por fin poner en marcha el asunto.

Oberlin era una fantasía del amor libre. Durante la primera tormenta del año, estudiantes desnudos tomaron el patio interior, embadurnándose el cuerpo con barro los unos a los otros. (Yo llevaba un tankini). Se referían entre sí como «antiguos amantes, actuales amigos». Había un seminario sobre sexo dirigido por estudiantes en el que cada año contrataban a un chico y una chica para enseñar su pene y su vagina, respectivamente, a una entusiasmada multitud de aspirantes a doctora Ruth Westheimer.

Me sentía la virgen más vieja del lugar, y probablemente lo fuera, excepto por una punk pechugona de Olympia, Washington, que estaba igual de frustrada; ambas solíamos reunirnos en pijama para hablar de la falta de posibilidades. Éramos dos Emily Dickinson con *piercings* faciales preguntándonos qué nos tenía reservado la vida y si habíamos cruzado o no la frontera entre lo inocente y lo patético.

—¡Josh Krolnik ha deslizado los dedos por la goma de mis bragas! ¿Qué crees que significa?

—Eso también me lo hizo a mí...

Incluso nos dimos cuenta, con bastante terror, de que el tío que llevaba un albornoz morado a todas las clases tenía una chica que llevaba un pijama con estampado de Superman que parecía quererle. Se echaban miradas empalagosas, sumidos en su mundo (sin duda, sexual) de ropa de andar por casa.

Había poco donde elegir, especialmente si, como yo, pasabas de bisexuales. Al menos la mitad de los hombres en el campus jugaban a «Dragones y mazmorras» y otro cuarto rechazaba totalmente el calzado. El tío más mono que había visto en la facultad hasta la fecha, un escalador de pelo largo llamado Privan, se había levantado de su mesa al final de una clase para revelar que llevaba puesta una falda blanca con vuelo. Estaba claro que iba a tener que hacer algunas concesiones para conseguir experimentar el amor carnal.



Conocí a Jonah¹ en la cafetería. No tenía un estilo específico más allá de que su atuendo recordase ligeramente al de una lesbiana de mediana edad. Era pequeño pero fuerte. (Los tíos de menos de metro y medio parecían mi destino). Llevaba una camiseta del Spirit Day² de su instituto (un instituto con Spirit Day, ¡qué pintoresco!), y su forma de acercarse al eterno bufé que era la cafetería resultaba bastante refinada, lo que me gustaba. Hasta los veganos solían amontonar sus platos como si se acercara el Apocalipsis y volvían a sus habitaciones catatónicos por el esfuerzo de la digestión. Un día, charlando, comenté lo frustrada que estaba por no poder ir a Kentucky para un proyecto de periodismo, y él enseguida me ofre-

¹ Nombre cambiado para proteger al verdadero inocente.

² Día en el que todo el mundo lleva algo morado para defender a las víctimas de acoso homófobo. (N. de la T.)

ció sus servicios. Aunque me chocó su generosidad, lo cierto es que no quería pasarme cinco horas de viaje en coche con un extraño. Sin embargo, de cinco a cuarenta y cinco minutos de sexo me parecían bien.

La mejor forma de hacerlo era, por supuesto, celebrar una fiesta de vino y queso, cosa que hice, en mi habitación de dos metros y medio por tres en la «planta tranquila» del East Hall. Conseguir vino me suponía tener que montarme en la bici y pedalear once kilómetros bajo cero hasta una licorería en la cercana Lorain que no pedía DNI, así que acabó siendo cerveza y queso, y una gran caja de galletas saladas surtidas de Carrs. A Jonah le invité «como si tal cosa» en un e-mail en grupo que me hacía sonar mucho más tranquila («Hola a todos, a veces los jueves por la noche una necesita relajarse, ¿VOSOTROS NO?») de lo que en realidad estaba. Y vino, y se quedó, incluso cuando todos mis invitados cogieron sus cosas y se fueron. Ahí fue cuando supe que al menos íbamos a llegar a la escurridiza segunda base. Charlamos, primero animadamente y luego entre semiexclamaciones nerviosas que son el sustituto de los besos cuando se es demasiado tímido. Al final le dije que mi padre trabajaba pintando enormes cuadros de penes. Cuando me preguntó si podía verlos en internet, le agarré de la nuca y fui a por él. Me quité la camiseta casi de inmediato, como hice con el piloto, lo que pareció impresionarle. Siguiendo con mis atrevimientos, di un salto para coger el condón del «kit de supervivencia del primer curso» que nos habían dado (a pesar de que yo iba a segundo y a pesar de estar bastante segura de que si llegaba el Apocalipsis, íbamos a necesitar algo más que unas Ray-Ban falsas, una barrita de cereales y unas minitiritas).

Mientras, al otro lado del campus, mi amiga Audrey se encontraba en un particular infierno de su propia cosecha. Llevaba peleándose con su compañera de cuarto todo el semestre, una voluptuosa chica de Filadelfia amante de las ferias medievales, que era el objeto del deseo de todos los jugadores de rol en vivo y

fans del *black metal* del campus. Audrey solo quería un poco de tranquilidad para leer *The New Republic* y hablar por iChat con su novio en Virginia, mientras que su compañera de habitación ahora estaba saliendo con un crío que había intentado hacer meta en la cocina de la residencia, garantizando así una visita de emergencia de hombres con trajes NBQ. Audrey le pidió a su compañera que no guardara su anillo anticonceptivo vaginal en la minivera, lo que la chica se tomó como una afrenta imperdonable a su honor.

Antes de venir a mi velada de cerveza y queso, Audrey le dejó una nota a su compañera de cuarto: «Si pudieras gritar menos al hacerlo ahora que nos acercamos a los parciales, te estaría muy agradecida». La respuesta de la compañera fue quemar la nota de Audrey, esparcir las cenizas por el suelo y dejarle otra nota de su parte: «Eres una zorra frígida. Quítale las telarañas a tu vagina».

Si pudieras gritar
menos al hacerlo
ahora que nos
acercamos a los
parciales, te
estaría muy
agradecida

ERES UNA ZORRA
FRÍGIDA. QUITALE
LAS TELARAÑAS
A TU VAGINA

Audrey vino corriendo a mi habitación esperando poder dormir allí. Estaba sollozando, aterrada por que la nota quemada fuese el preludio de serios daños físicos, y también bastante segura de que yo estaría sola acabándome el queso, así que abrió la puerta de par en par sin llamar y se encontró a Jonah sobre mí. Enseguida entendió la magnitud

de la ocasión y, entre lágrimas, gritó: «*Mazel tov!*».

No le dije a Jonah que era virgen, solo que no lo había hecho «muchas veces». Estaba segura de que mi himen se había roto en el instituto al saltar una valla en Brooklyn persiguiendo a un gato que no quería ser rescatado. Aun así, dolió más de lo que esperaba y de una forma distinta también, leve, no tanto como una puñalada y más como un dolor de cabeza. Él estaba nervioso y en un gesto a la igualdad de género, ninguno de los dos se corrió. Luego nos quedamos tumbados y hablamos, y puedo decir que me pareció buena persona, sea lo que sea lo que signifique eso.



A la mañana siguiente me desperté igual que siempre y empecé a hacer todo lo que hacía normalmente: llamar a mi madre, beber tres vasos de zumo de naranja, comer media barra de cheddar que estaba ahí desde la noche anterior, y escuchar música de chica-con-guitarra. Miré fotos de cosas monas en internet e inspeccioné mi línea del bikini buscando fascinantes pelos enquistados. Consulté el mail, doblé mis jerséis, luego los desdoblé en el proceso de elegir cuál de ellos me ponía. Aquella noche, me sentí igual que siempre al acostarme y el sueño no tardó en llegar. No se había abierto ninguna compuerta ni la cámara acorazada de la verdadera femineidad. Seguía allí y era yo.

Jonah y yo solo nos acostamos una vez. Al día siguiente, se pasó para decirme que creía que lo habíamos hecho demasiado pronto y que deberíamos darnos algunas semanas para conocernos mejor. Luego me pidió que fuera su novia, se puso mi casco fucsia de la bici, proclamó que era «el casco del compromiso» y levantó los pulgares como loco. «Salí» con él durante doce horas, más tarde lo dejamos en la lavandería de su residencia. Durante las vacaciones de Navidad, me mandó un mensaje en Facebook en el que solo ponía: «Estás buena».

El sexo era mucho más fácil de conseguir de lo que yo había pensado. Se me ocurrió que, en los últimos años, me había fijado en chicos que no estaban interesados en mí y eso era porque no estaba lista. A pesar de todas las películas de caprichosas chicas de secundaria que me gustaba ver, mis años de instituto los dediqué a querer a mis mascotas, escribir poemas de amores clandestinos y entregando mi cuerpo solo a mis propias fantasías. Y todavía no estaba lista para dejar eso atrás. Estaba segura de que, una vez dejara que alguien me penetrara, mi mundo iba a cambiar de forma indescripible aunque fundamental. No podría volver a abrazar a mis padres

con la misma inocencia, y estar a solas conmigo misma adquiriría otro cariz. ¿Cómo iba a poder experimentar de nuevo la verdadera soledad después de que alguien hubiera estado husmeando en mis adentros?

Cuán permanente parece la virginidad y a la vez cuán inconsecuente. Después de Jonah, apenas podía recordar la sensación de falta, de vergüenza, y los sentimientos de urgencia. Recuerdo ver pasar a la punk cogida del brazo de su novio de último curso, y ni siquiera nos intercambiamos un gesto entre supervivientes. Seguramente lo hacían cada noche, su amplio pecho agitándose al ritmo de música *hardcore*, nuestro vínculo deshecho por la experiencia. Ya no éramos parte del mismo club, solo parte del mundo. Me alegro por ella.

Fue más tarde cuando sexo e identidad se hicieron uno. Escribí esta escena de pérdida de virginidad casi palabra por palabra para mi primera película, *Creative Nonfiction*, menos la parte en la que Audrey irrumpe en la habitación temiendo por su vida. Cuando interpreté aquella escena de sexo, la primera para mí, me sentí mucho más cambiada de lo que me había sentido en la verdadera experiencia de acostarme con Jonah. Aquello fue solo sexo, pero esto era mi trabajo.